

# INTRODUCCIÓN A LA IDENTIDAD HUMANA: EL NOMBRE (SEGURIDAD Y CREENCIA)

*Juan Valderrama* \*

## **Resumen**

Pretendo introducirme en el asunto de La Identidad para construir un sendero que nos ayude a pensar al Hombre de una manera distinta para separarnos del esquema de realidad que los sistemas político/religiosos han intentado tejer con gran fracaso durante mucho tiempo, dejando al individuo arrojado en un mar de costumbres muertas y significaciones imaginarias insignificantes.

Hablaré, principalmente, sobre el nombre del sujeto, de la persona; nombres como María, Fiorela, Carlos, Fernando, Alejandra, Orlando. Me pregunté sobre el significado de los nombres, pero quise ir más lejos y pregunté por la esencia del nombre: ¿Qué es aquello que conocemos como «nuestro» nombre y que lleva subrepticamente el sentido o la base principal de nuestra identidad? ¿Cómo podemos identificarnos realmente a través de nuestro nombre?

Será necesario hacer una reflexión sobre la identidad humana en relación al animal porque debemos comprender primero la extrañeza que hemos puesto sobre *ese otro*, apartándolo abismalmente de nosotros, a fin de cambiar nuestra visión sobre esos seres que hemos maltratado para construir el mundo donde «disfrutamos» la vida.

Palabras claves: Nombre, identidad, animal, hombre, vida, Derrida, Castoriadis.

## **1. El nombre**

### **¿Qué significa el nombre?**

**Fácilmente podemos ver que desde la antigüedad más lejana, en todas las diversas culturas y religiones, el nombre juega un papel importante –más determinante, algo como un factor decisivo– sobre el individuo; es como el dictamen de los dioses sobre el héroe: la palabra revelada del oráculo. El nombre es una especie de marca que dibuja levemente los inicios de un camino, y nos aferramos tanto a ese nombre que creemos que representa lo que somos. Cuando decimos «Yo soy», estamos pensando no sólo en lo que pre-suponemos que somos, sino que, de manera indirecta, pensamos nuestro nombre.**

---

\* Estudiante de Filosofía, Universidad de Cartagena.

Nuestro nombre es el primer paso a la inmortalidad, es un pretexto para alargar la vida en la mente de los que seguirán vivos (Kundera, 1989). También como dice Derrida (2008: 36): “Aquel que recibe un nombre se siente mortal o moribundo precisamente porque el nombre querría salvarlo, llamarlo y asegurar su supervivencia”.

Me interesa esa parte donde dice: *querría salvarlo*. ¿Salvarlo de qué? Precisamente de la mortalidad, el nombre es, en realidad, la única inmortalidad del hombre; inmortalidad que encuentra como borde los límites de la existencia humana.

El hombre se sabe a sí mismo como un ser finito. Ese saberse a sí mismo como un ser finito constituye una parte importante de esa gran incertidumbre existencial. ¿Cómo sabe el hombre que es finito, mortal y moribundo al darse cuenta de su nombre? ¿Cómo el nombre es un indicador de nuestra mortalidad? Precisamente nuestra identidad queda atrapada en el nombre, en *ese cómo nos llamaron y cómo nos llamamos*. Tener un nombre implica tener mortalidad, ser mortal.

Aquí aparece una idea importante en la cuestión del nombre, no olvidemos la inmortalidad que representa y la mortalidad que éste indica. El nombre es *representación e indicación*, y esta forma debería ser considerada como la condición ontológica del nombre: solamente es nombre si representa inmortalidad e indica mortalidad.

El hombre se encuentra en medio de una identidad meramente indeterminada, aparentemente estructurada, y es su nombre la mayor evidencia de esta identidad insegura. Por un lado, el nombre nos aleja de la animalidad y nos afirma en la humanidad, pero simultáneamente nos hunde en la mortalidad mientras nos alimenta con la ilusión de la inmortalidad.

¿Cómo nos diferenciaríamos unos de los otros si no tuviéramos nombres? ¿Cómo nos llamaríamos los unos a los otros? ¿Cuál sería nuestra identidad? Será necesario –y esto parecerá agrandar el rodeo– entonces, incluir (sin profundizar mucho aún) un elemento más: El rostro. ¿Qué papel juega el rostro en relación con el nombre y cómo logramos ligar ambos hasta reconocer uno con dependencia del otro?

Lo mismo sucedió con el proyecto del hombre. En la computadora no estaban planificados ni Agnes ni Paul, sino únicamente un prototipo llamado hombre,

a partir del cual surgió un montón de ejemplares, que son derivaciones del modelo original y no tienen esencia individual alguna. Del mismo modo que no la tiene ninguno de los coches de la marca Renault. Su esencia está fuera de él, en el archivo de la oficina central del constructor. Los coches sólo se diferencian entre sí por el número de fabricación. *El número de fabricación del ejemplar humano es el rostro*, esa agrupación casual e irrepetible de rasgos. No se refleja en ella ni el carácter, ni el alma, ni eso que llamamos el «yo». *El rostro es sólo el número del ejemplar* [Las cursivas en esta cita no pertenecen al original, yo mismo las he señalado]. (Kundera, 1989: 21-22)

**Hasta el momento tenemos dos elementos importantes: El nombre (siendo esto como el asunto metafísico) y el rostro (refiriéndose a lo corporal). Si tomamos, en primera instancia, el hecho de que necesitamos diferenciarnos entre la cantidad de gente que vive, y que incluso, ha muerto, nos podremos preguntar: ¿Por qué diferenciarnos? ¿Cómo llegamos al punto de llamarnos a nosotros mismos Individuos y saber que «Yo» soy diferente al «Otro» si realmente somos todos un grupo de Seres Vivientes muy similares, así como lo son todo el grupo de los que llamamos animales? Precisamente el nombre revela la necesidad de diferenciación entre seres «similares», esa diferenciación sería la identificación de cada uno de los miembros del extenso grupo determinado de seres. ¿Identificación con qué? Consigo mismo y con lo extraño, con lo impropio. Cada individuo necesita sentirse único y saberse diferenciar del otro, saber que el otro es ajeno y necesario, cada persona debe ser capaz de “decir Yo para referirse a sí mismo, a su propia singularidad” (Derrida, 2008: 67). ¿Cómo se puede formular mejor el asunto? Aquel asunto sobre nuestra identidad, sobre la necesidad de diferenciación. El origen cobra sentido cuando nos enfrentamos a la duda, ¿Cuál duda? Desgraciadamente la experimentamos a medias... sí, la experimentación de esa pregunta: ¿Quién soy?**

**Esa incertidumbre de no saber realmente quién soy y de cómo sé que soy lo que se supone que soy. Desde nuestro nacimiento nos imponen una identidad que debemos ir interiorizando. Para usar un lenguaje más psicoanalítico, es nuestra psique la que se va moldeando lentamente a través de un largo proceso de socialización en el que nos dicen qué lenguaje usar y pensar, cómo nos llamamos y cómo debemos llamar a los demás, qué reglas sociales debemos seguir, qué religión profesar, cómo pensar y qué pensar, etc., ¿Cómo podríamos preguntarnos «Quién soy» si todo lo que soy no es más que un producto de la sociedad que me ha construido? (Castoriadis, 1995). Dicho de otro modo, ¿Cómo puedo reconocirme a mí mismo como alguien único si solamente soy el resultado de unas variables sociales aplicadas en mi existencia? Y ¿Qué es la psique sino aquello donde nos vemos a nosotros mismos para creer que somos esto que vemos? (Derrida, 2008).**

En mi caso, ¿Por qué mi nombre es Juan Pablo y no algún otro de los tantos que hay? ¿Qué hay de mí en ese nombre y qué hay en mí de ese nombre? ¿Cómo llego a saberme a mí mismo como Juan Pablo, y por qué cuando alguien me llama Rafael o Gabriel no me reconozco? Sea cual sea la razón por la que mis padres hayan decidido llamarme así, debo ir más allá del origen de mi nombre y penetrar la identidad que éste intenta imponerme y que yo identifico sin conocer las razones, suponiendo que las hay.

Al parecer, esta identidad que tengo no es tan mía como me lo imaginaba, puesto que soy un *algo* construido por una sociedad determinada que, al mismo tiempo, se mueve en medio de las tensiones con otras sociedades, ¿Qué hay en mí que me sea propio y que pueda llamar con concreta propiedad *mío*? Sencillamente habrá que entender que todo lo que pueda llamar como *mío* es todo lo que al reconocermelo diciendo «Yo soy», no será nada diferente a decir: Yo soy todo esto que soy y que me han dicho que sea. ¿Quién me dice que sea así como soy? Son los otros, esos otros-personas, los otros-no-personas, me dicen todo eso con palabras, con gestos y miradas, me dicen todo hasta de forma inconsciente. Primero, soy algo que no podía auto-determinarse; tuvo la sociedad que determinarme y darme las herramientas necesarias para que «Yo» consiguiera la auto-determinación y empezara ese proceso de reflexión auto-comprensiva. Esta identidad que me han impuesto principalmente con un nombre es la que a lo largo de mi vida debo re-interpretar para ser «Yo» quien vaya moldeando la identidad de ese nombre (Agamben, 2006). Y al escuchar mi nombre pensaré en este «Yo», en esta identidad creada auto-conscientemente con lo que la sociedad me ha dado. La sociedad me moldeó y ahora soy yo quien la moldea (Castoriadis, 1995).

Cuando veo a otra persona, ¿Cómo logro reconocer mi identidad como algo diferente a la del otro y saber al mismo tiempo que el otro es similar a mí en la extrañeza? Pero, vayamos más lejos aún, a una lejanía que no está tan lejos, más bien cerca, tan cerca que a veces no la vemos, la olvidamos. Pongamos al animal en medio del asunto, puesto que frente a otra persona yo sería otra persona (o para alejarnos un poco del lenguaje jurídico: frente a otro ser humano, otro hombre), pero, frente a un animal ¿Quién soy yo? ¿Qué soy? ¿Qué sucede cuando miramos a un animal? ¿Qué pasa cuando un animal nos ve y vemos que nos mira? ¿Qué acontece con mi humanidad cuando me enfrento a la animalidad del otro-radicalmente-otro? (Derrida, 2008).

## **2. La identidad... El espejo**

Trataré de reconstruir el ejercicio que en Derrida es una situación vivida, aun-

que no me interesa recorrer literalmente cada paso, tomaré lo importante y me valdré de la opinión de algunos autores relacionados con el tema.

Me encuentro con la mirada de un animal, en este caso (muy similar al caso de Derrida) es mi mascota, una perra, o dicho de otro modo, un perro de sexo femenino. Si salgo de esa denominación de perro y le llamo otro, entonces no me está mirando un perro, ni mucho menos un animal, sino otro-ser-viviente que desde hace muchos años la humanidad ha llamado perro, llamado animal (y Derrida es muy enfático en el hecho de que “El animal” es llamado “animal” por nosotros los que nos auto-determinamos “hombres”). Me encuentro con la mirada del otro que me mira precisamente porque me miraba antes de que yo le mirara, y ahora le veo y lo veo verme (Derrida, 2008). ¿Qué esto que sucede? A diferencia de Derrida, no estoy desnudo frente a un animal y no experimento esa vergüenza de la cual él habla. Me encuentro «Yo» ante un Ser-Viviente que me mira, me observa... pienso en estar solo con ese otro-ser-que-me-ve y trato de reconstruir el argumento de Derrida. Soy un «otro» frente al «otro». Mi humanidad, mi identidad, e incluso, mi realidad social, se desmorona ante la mirada de este ser que considero como mi mascota, como si en algún momento de mi existencia yo fuera dueño y propietario de la existencia de ese ser.

Ciertamente reconozco que soy una persona, un Ser-social, un Humano, un Hombre. Me han enseñado que no soy un animal, y luego me han dicho que soy un animal racional, un animal político, un animal con lenguaje. Y es aquí donde me estrello contra la supuesta contradicción: ¿Soy hombre o animal? ¿Si hombre excluye al animal entonces como es posible que pueda ser un animal mismo pero “racional”? ¿La racionalidad del hombre entonces se encuentra enraizada en su propia animalidad o es la racionalidad un fenómeno en la animalidad del hombre que lo lleva a su humanización? Para Agamben, pensar al hombre a partir de su animalidad sería algo apresurado, puesto que una pregunta que me parece que plantea de manera implícita es: ¿Se puede hablar humanidad y animalidad en el hombre? Agamben nos mostrará la dificultad que hay al referirnos al hombre como humano y al mismo tiempo como animal; en el hombre las divisiones de vida vegetal y de relación, orgánica y animal, animal y humana se encuentran separadas por fronteras móviles, fronteras indeterminadas. ¿Qué es el hombre sino el lugar y resultado de divisiones y cesuras incesantes? (Agamben, 2006).

Sin embargo, pensar al hombre a partir de su animalidad quiere decir que se habla del animal humano, siempre e incansablemente animal. En este sentido, se hace completamente evidente que la humanidad aparece como una construcción, una artificialidad que ha sido naturalizada a través de un proceso de



animalización del animal; podemos ver cómo la misma humanidad se ha encargado de decidir quiénes son más animales y quienes más humanos, contradiciéndose esencialmente (Esposito, 2009)<sup>1</sup>.

**¿Qué soy? ¿Hombre, Animal, Hombre-Animal, Animal-Hombre?**

En primer lugar, soy un hombre-animal-racional; segundo, un hombre-no-animal-divino, y por último, quedo arrojado en el mundo como un hombre-no-hombre-no-animal-no-divino. Agamben nos presenta un hombre no-humano y no-animal, pero dicho de mejor manera, ni lo uno ni lo otro, teniendo éste (el hombre) la capacidad de poder moldear su propio rostro y recibir todas las naturalezas (Agamben, 2006). Dicho en un sentido más cartesiano, soy un Yo ya construido. Ese Yo, evidentemente, deja en evidencia que antes había algo. Antes del Yo había algo no-determinado e inestable; parece como si el Yo fuera una máscara que oculta el rostro (teniendo en cuenta el rostro como primer rasgo de la identidad). En el psicoanálisis se habla de la psique que se va moldeando lentamente hasta estructurarse en el Yo (el consciente). El Yo es esa identidad, ese nombre, es la seguridad del Ser-este-que-soy... pero, ¿Qué hay antes del Yo? Derrida nos mostrará que antes del Yo, del Yo autobiográfico, hay un animal, pero no un animal así como un ser que vive sin más, sino un animal que se pregunta «¿Quién soy?». Y esta pregunta sólo puede ser entendida como una experiencia, no como una pregunta que exige una respuesta determinada, es (y vuelvo redundantemente sobre el asunto) una experiencia. El «¿Quién soy?» es una duda, una incertidumbre, no hay certeza sobre mi identidad, hay angustia... pero todo esto no surge así como así... es una experiencia que tiene su origen en el encuentro con el otro, el otro-radicalmente-otro, puede ser este que llamo perro o perra, elefante o persona. Pero, en el caso de un ser que llamamos animal, un animal ciertamente animalizado por nosotros, cuando nos mira a los ojos, ¿Está diciendo algo? Evidentemente no escucharé palabras, entendiendo palabras como las que uso en este texto... y tal vez haya palabras que no son tan «palabras».

**¿Qué me dice esa mirada? ¿Qué veo en su mirada? Y vuelvo sobre la cuestión que Derrida devela en su texto: ¿Cómo puede un animal mirarnos de frente? (Derrida, 2008). Pensando ingenua e inmediatamente que el animal no puede verme, negándole una vez más una capacidad, poniéndolo en tela de juicio.**

---

<sup>1</sup> Esposito explica de una manera excelente cómo los Nazis clasificaron la vida y decidían cual vida merecía ser vivida o no, cuál era realmente una vida digna y cuál no. En este caso, el asunto de la vida digna no se dirigía únicamente a los judíos, negros, homosexuales y gitanos, puesto que ellos fueron considerados como un virus que era necesario exterminar. La vida que no merece ser vivida es aquella vida de los seres humanos que nacían y por vicisitudes de la vida obtenían alguna atrofia física o mental, aquellos que, naturalmente, eran una carga para la sociedad.

El enfrentarse a la mirada del animal, de ese otro-radicalmente-otro, es una experiencia que me lleva a plantear la pregunta ¿Quién soy? ¿Y por qué el otro lleva a hacerme pensar (sentir/experimentar) eso? Diría, igual que Derrida, que el otro (y el otro puede ser el animal) es un espejo necesario donde debo ver mi reflejo. Y para poder darle sentido a «mi» identidad, me veo en la obligación de excluir al otro y arrojarlo en la diferencia, y tal vez no sólo en la diferencia, sino privarle de capacidades; en otro sentido, no solamente excluyo al otro privándole de capacidades, también hay que tener presente que puedo excluirme a mí mismo y privarme de capacidades al reconocer que, en un encuentro-con-el-otro hay diferencias y, creyendo yo que excluyo al otro negándole atributos, puede que me esté negando a mí mismo en la medida que niego al otro. Eso que en muchas ocasiones se ha considerado como «propios del hombre», puede que sean una ficción en la que nadamos agonizando en medio de una locura compartida; y en últimas, el hombre termina siendo otra metáfora.

El atribuir al otro capacidades, o negárselas, es precisamente lo que me llevará a una construcción más profunda sobre mi identidad. Ahora, al ver un animal a sus ojos, ¿Cuál es su identidad, cuál es su nombre? Esta es una pregunta necia, y deberé reformularla, ¿Qué importancia tiene mi nombre y cómo determina éste mi identidad? Y en relación al animal: ¿Qué importa si tiene o no un nombre, tiene éste una identidad? La identidad del animal girará en torno a lo que *digamos sobre él-ella-eso*, e independiente de lo que digamos, seguirá siendo aquello que es, llamémosle animal o ser viviente, perro o serpiente.

Entonces, ¿Qué es la identidad? ¿Será el concebirme a mí mismo como un «Yo»? ¿En qué momentos puedo reconocer que «Yo» soy esto que pienso que soy y no lo que otros intentan hacerme creer que soy? ¿Cómo podré estar seguro de que mi identidad no es una variación de la identidad de los demás? O en el caso de Kundera, ¿Cómo puedo estar seguro de que no soy una simple variable del modelo original y prototípico de hombre? Es el nombre lo que me hará sentirme seguro y diferente... deberé creer con pasión y furor que soy diferente para sentirme seguro. Pero, el objetivo de esta reflexión será exponernos a esa inestabilidad de nuestro apreciado «Yo», de nuestra identidad: abrírnos a ese magma indefinido y angustioso de dudas existenciales sobre la identidad. El otro, siendo un espejo... ¿Qué reflejará? Reflejará esto que veo y llamo enfermizamente «Yo»: “[...] ¿Abrirán sus ojos y se darán cuenta de que somos uno? (Es difícil caminar solo este sendero, difícil saber qué camino tomar) ¿Abrirán sus ojos y se darán cuenta de que somos uno? [...]”<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Fragmento de una canción de una banda de metal alternativo estadounidense llamada Alter Bridge: “Will they open their eyes and realize we are one (it’s hard to walk this path alone

¿Qué tan «Yo» somos? Y cuando en la canción dicen: “*We are one*”, ¿se refieren a nosotros los seres humanos o a todos los seres vivos? Tal vez sólo se refieren a los hombres, y aún así sigue siendo un asunto interesante, puesto que aunque nos reconozcamos como Hombres, Seres de la misma naturaleza, nos agredimos y tratamos como si fuéramos animales, conservamos eso que Freud denominó instinto de muerte. Vemos *al otro-diferente-de-mí* y le creo brutalmente diferente a mí, como si hubiera un abismo entre los dos (y dos, de hecho, pueden ser muchos), no vemos la cercanía... esa cercanía olvidada. Decir que somos uno es decir que estamos cerca, demasiado cerca, y solamente podemos estar cerca, y estar cerca implica que hay una distancia invencible, infranqueable. El daño que le hago *al otro* me lo hago a mí mismo aunque en ciertas situaciones no sea capaz de sufrirlo directamente; de alguna manera se refleja en mí, y no necesariamente como un castigo.

«Como si fuéramos animales»... El nombre Animal implica una identidad hecha para estar por debajo de la nuestra, nosotros los hombres nos levantamos sobre el animal y lo aplastamos, y todo aquel que «Yo» quiera ofender y maltratar le llamaré animal, puesto que al serlo-animal, entonces su sufrimiento es más ajeno al mío, su identidad no es importante. Entonces, ¿es este «Yo» que excluye al otro, que lo aplasta y destruye, este «Yo» que se cree único y superior, una mala interpretación de lo que soy, de lo que son los demás? Será necesario, pues, colocarnos frente al *espejo*.

### Referencias bibliográficas

Agamben, G. (2006). *Lo abierto: El hombre y el animal*. Buenos Aires: Editorial Adriana Hidalgo.

Derrida, J. (2008). *El animal que luego estoy si(gui)endo*. Madrid: Editorial Trotta

Castoriadis, C. (1995). “La democracia como procedimiento y como régimen”. *Vuelta*, 19 (227), 23–32. Recuperado de [http://www.letraslibres.com/sites/default/files/pdfs\\_articulos/Vuelta-Vol19\\_227\\_09DmcPrcRgCCtds.pdf](http://www.letraslibres.com/sites/default/files/pdfs_articulos/Vuelta-Vol19_227_09DmcPrcRgCCtds.pdf)

Esposito, R. (2009). *Comunidad, inmunidad y biopolítica*. Barcelona: Edi-

---

hard to know which way to go) Will they open their eyes and realize we are one (lost the faith and lost the love when the day is done)”.



torial Herder.

Kundera, M. (1989). *La inmortalidad*. Bogotá: Tusquets Editores.